

VIENA Y SUS JUDÍOS

Gilda Waldman Mitnick

En 1930, la letra de una canción popular vienesa decía así: “*Esto ocurre sólo una vez y nunca se repite*”.

Lo anterior fue cierto en referencia a la comunidad judía vienesa de aquel tiempo. En efecto, con la excepción de la España medieval, ningún país produjo un judaísmo tan brillante como el que se dio en Austria entre 1880 y el *Anschluss*,¹ ocurrido en 1938. En ese periodo, Viena fue un espacio privilegiado para el desarrollo del pensamiento moderno en la literatura, el psicoanálisis, la filosofía, la ciencia, la música, el periodismo y el arte.

En esa ciudad, una pléyade de filósofos, artistas, científicos y literatos modificaron radicalmente la trama socio-cultural de una cosmovisión del mundo sustentada en la visión progresista de la historia, poniendo al descubierto la dimensión problemática del avasallante proyecto de la modernidad. Gran parte de esta intelectualidad fue de origen judío.

¹ Anexión de Austria por parte de Alemania impuesta por Hitler (1938-1945).

En esos casi sesenta años, los judíos de Viena conquistaron la literatura, la ciencia, la música, el teatro, la industria, la banca, e incluso los deportes. Durante casi medio siglo, la confluencia de las culturas judías y austríaca produjo una Edad de Oro similar al Renacimiento italiano y en este sentido, “quizá la función de los judíos (fue) como la del grano de arena que se incrusta en la ostra para producir la perla”.² Pero este éxito de los judíos fue, paradójicamente, la clave de su **destrucción**.

El antisemitismo político, basado en prejuicios religiosos, económicos y raciales, constituyó parte integrante de la vida política austríaca e influyó de manera muy notable en el electorado, creando un odio antijudío que alcanzó su más alta expresión a principios de la década de los años treinta y que se trasladó un poco más tarde, a la política de exterminio de los judíos practicada por los nazis.

Austria fue el último país en Europa Occidental en emancipar a los judíos. La igualdad de derechos cívicos y políticos les fue otorgada en 1867, bajo el reinado del Emperador Francisco José, quien demostró ser, a lo largo de los setenta años de su reinado, un permanente benefactor de los ciudadanos judíos. Bajo su gobierno, la población judía de Viena aumentó de 6 mil personas a 147 mil a principios de siglo, en un rápido proceso de expansión demográfica pero también de posibilidades insospechadas de inserción cultural. Sólo una generación medió entre la actividad comercial del padre de Gustav Mahler (Bohemia 1860-1911 en Viena) o el de Stefan Zweig (Viena 1881-Brasil 1942) y los logros artísticos de sus hijos. Sólo dos generaciones mediaron entre Sigmund Freud (Moravia 1856-Londres 1939) o Hermann Broch (Viena 1886-Connecticut 1951) y sus abuelos, llegados a Austria desde los pequeños villosos judíos que bordeaban la frontera con Polonia y Rusia, ataviados con caftanes, encuadrados sus rostros por largas barbas y profundamente enraizados en un mundo espiritual que daba significado a sus vidas.

² Frederic Grunfeld, *Profetas malditos. El mundo trágico de Freud, Mahler, Einstein y Kafka*, Barcelona, Ed. Planeta, 1980, p. 41.

Refugiados en los callejones del centro de Viena, fueron buhoneros, vendedores en abonos, artesanos o pequeños comerciantes.³

Sus hijos, en cambio, pronto se emanciparon de la ortodoxia religiosa, se convirtieron en fervientes seguidores de la fe en el “progreso” y, en una etapa de intensa expansión industrial, se incorporaron rápidamente a la actividad comercial e industrial del país, asimismo como a las profesiones liberales.

Su éxito económico coincidió con el adelanto general de la época. A mediados del siglo XIX, Viena era, esencialmente, una ciudad burguesa en la cual el éxito financiero, la estabilidad, el orden, la perseverancia y la disciplinada conformidad constituían valores fundamentales.⁴ Los mencionados valores concordaban de manera perfecta con el espíritu de los judíos vieneses de aquella generación. Deseosos de encontrar una existencia cálida y segura, el Imperio austro-húngaro representó una metáfora de orden, permanencia y seguridad. Atrás habían quedado las profesiones “judías”, tales como ser buhoneros y prestamistas. De la tienda familiar pasaron rápidamente a la biblioteca, el teatro o las salas de concierto.

Los judíos, en la segunda mitad del siglo XIX habían diversificado sus *status* social, económico y profesional y el talento judío fluyó a través de una multiplicidad de canales, hasta el punto que Stefan Zweig escribió: “Nueve décimos de lo que el mundo celebraba en la cultura vienesa a finales del siglo XIX fue promovido, alimentado y aun creado por el judaísmo vienes”.⁵

Poco tiempo después de la Emancipación, un tercio de los estudiantes de educación media y un 40% de los universitarios eran judíos, como si durante dos mil años se hubieran preparado para aprobar los exámenes de ingreso a los más altos círculos educativos del Imperio.

De igual modo, el antiguo ejercicio de la medicina los facultaba para seguir, con éxito, esta carrera. En la Escuela de Medicina de Viena, las

³ Cfr. Joseph Roth, *Juifs en errance*, Paris, Editions du Seuil, 1986.

⁴ Cfr. Allan Janik y Stephen Toulmin, *La Viena de Wittgenstein*, Madrid, Ed. Taurus, 1983.

⁵ Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, México, Ed. Porrúa, 1983, p. 14.

principales cátedras médicas, y casi la totalidad de los puestos de dirección en los hospitales de la ciudad estaban a cargo de judíos. El cirujano general del ejército, el médico personal del Emperador, el ginecólogo de las damas de la corte, eran judíos, y también lo eran el 60% de los médicos vieneses. Científicos judíos descubrieron los tipos de sangre, el uso terapéutico de los rayos X, la primera aplicación de anestesia local y el uso de la bacteriología.

Por otra parte, una larga tradición exegética los preparaba para el desarrollo de la abogacía. La mayor parte de los abogados vieneses eran judíos, como también lo fue Hans Kelsen (Praga 1881-1973),⁶ quien escribió la Constitución de la República Austríaca de 1920. Las cualidades de agilidad mental y la vastedad de contactos facultaba a los judíos para el ejercicio del periodismo. La mayor parte de los periódicos eran de propiedad judía, y la mayoría de los periodistas, también. Incluso en el ejército, la presencia judía era notable. Ella constituía el 8% de los oficiales (dos veces su porcentaje en la población total) e incluía a un vicemariscal de campo, cinco *brigadier*-generales, un almirante y cinco comandantes de barco. El club deportivo judío *Hakoaj* ganó el campeonato austríaco de fútbol y destacaba también en natación, esgrima y lucha.

Sin embargo, es en el ámbito artístico, científico y filosófico donde la contribución judía fue particularmente notable. Pintores, directores de escena y arquitectos ocuparon un lugar central en la vida intelectual de Viena.

Gustav Mahler y Arnold Schönberg (Viena 1874-Los Ángeles 1951)⁷ se convirtieron en figuras internacionales de la música; Juan Strauss (1825-1899)⁸ y Leo Fall (1873-1925) renovaron la tradición del vals y la opereta; Arthur Schnitzler (Viena 1862-Viena 1931), Peter Altenberg,

⁶ Fundador de la "Escuela de Viena", que aboga por una teoría pura del Derecho. El Derecho pertenece al plano del Deber Ser.

⁷ Teórico de la atonalidad, basada en el dodecafonismo serial.

⁸ Fue llamado en Viena "el rey del vals".

Hugo de Hofmannsthal (Viena 1874-1929),⁹ y otros escritores dieron a la literatura austríaca un carácter universal; Max Goldmann Reinhard (Baden 1873-Nueva York 1943) innovó la técnica teatral y la llevó al mundo entero, fue director del Deutsches Theater de Berlín (1905). Karl Krauss (Gitschin 1874-Viena 1936) ha sido el mayor autor satírico del siglo y crítico de la sociedad austríaca. Stefan Zweig, uno de los escritores austríacos más leído hasta el día de hoy, autor de dramas, poesías, novelas y ensayos históricos y literarios. Edmund Husserl (Moravia 1859-Friburgo 1938)¹⁰ y Ludwig Wittgenstein (Viena 1889-Cambridge 1851) se cuentan entre los más grandes gigantes filosóficos del siglo; y Freud, quien modificó radicalmente las interpretaciones sobre la condición humana. A estos nombres pueden agregarse los de Bruno Walter Schlesinger, también conocido solamente como Bruno (Berlín 1876-Hollywood 1962), Franz Werfel (Praga 1890-California 1845), Joseph Roth (Galitzia 1894-París 1939), etcétera.

La relación que se dio entre Viena y el judaísmo vienés fue doble. Por una parte, el predominio artístico vienés —que ocultaba su inmovilismo político y su declinación militar— no tenía parangón en Europa. La burguesía vienesa ilustrada desarrolló una cultura en la que lo estético era mucho más importante que en ningún otro lugar de Europa. Los grandes adelantos intelectuales de Austria provinieron de las artes, la arquitectura, la música y, en especial, el teatro. “El teatro, desde la sencilla comedia popular hasta las más elegantes piezas cortesanas, se convirtió en la principal manifestación cultural a través de la que los vieneses, al margen de su condición, expresan su concepción del mundo”.¹¹

La cultura estética y sensual, predominante en Viena aun bajo el liberalismo, era considerada señal de perfección personal, símbolo de *status*

⁹ Poeta austríaco.

¹⁰ Impulsor de la fenomenología como teoría del conocimiento.

¹¹ Carl Schorske, “La cultura estética en Austria. 1870-1914”, en Nicolás Casullo (editor), *La remoción de lo moderno Viena del 900*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, p. 59.

social e instrumento de educación moral. Los judíos de Viena —excluidos sutilmente de los círculos privilegiados de la diplomacia, la conducción de los negocios y los cargos públicos importantes— se unieron fervorosamente a aquella efervescencia cultural. La burguesía judía asistía a los teatros y los conciertos, compraba libros y cuadros, visitaba las exposiciones, coleccionaba arte, etcétera, conservando la gloria de la cultura vienesa.

Por otra parte, la burguesía judía transmitió a su hijos el valor otorgado a la estética; sin embargo, para esta nueva generación los negocios de sus padres significaban poco, y su fuerza psíquica y espiritual se dedicó a renovar la filosofía, la música, la literatura y la ciencia en una nueva actitud intelectual que posibilitó el mayor florecimiento cultural vienes de los últimos tiempos.

Desde otra perspectiva, la relación entre Viena y sus judíos constituyó un tejido de extraordinaria complejidad. La ciudad era un cúmulo de paradojas. Durante siglos su importancia y su brillo derivaron del hecho de haber sido la sede de la dinastía de los Habsburgo. Viena fue, por excelencia, la ciudad imperial. A finales del siglo XIX y principios del XX, a pesar de la declinación del poder de los Habsburgo, el Imperio Austro-Húngaro era todavía el más importante de Europa, y Viena ejercía su influencia cultural sobre gran parte del resto de Europa.

El carácter particular de Viena se originó en el hecho de que su apogeo cultural coincidió con la dramática decadencia del poder habsbúrguico. Ante la multiplicidad de catástrofes que fueron minando al Imperio, la actitud de la sociedad vienesa y de su élite fue adoptar una actitud hedonista e irónica: cafés, bares, parques, valsos, pastelerías, etcétera, creaban un ambiente despreocupado. Sin embargo, el Imperio en descomposición encontraba su contraparte interna en otra faceta, más sombría, de la vida vienesa. Tras la frivolidad de los cafés y los bares, se escondía una severa crisis de vivienda. Tras la figura del Emperador, se escondía el vacío político. Tras los bailes de la corte se escondía la conciencia de la desintegración de todo un mundo.

Por otra parte, contradicciones insuperables —históricas, sociales y nacionales— minaban al Imperio, un estado multinacional que incluía

alemanes, italianos, checos, húngaros, eslovacos, croatas y otras minorías, enfrascados en mutuas relaciones conflictivas. Fragua de pueblos y culturas dispares, en Viena se desbordaban historias, tradiciones, religiones y ciudadanos de identidades múltiples, al tiempo que la unidad política, focalizada en el Emperador, ocultaba la diversidad y la fragmentación.

Ciertamente, el Imperio aparecía como “la edad dorada de la seguridad” en la que “cada persona sabía lo que le era permitido y lo que le estaba prohibido. Todo tenía su norma, su peso y su medida determinada (y en el que) todo permanecía firme e incommoviblemente en su lugar”.¹²

Sin embargo, tras esta seducción de orden aparente, aquella

realidad aparentemente unitaria... era una pluralidad de componentes heterogéneos y de contradicciones irreductibles. ...Entre el fin de siglo y los años treinta, la cultura austríaca sometió las ideas del sujeto a una crítica radical. El sujeto se descubre no ya como el centro unitario que jerarquiza las contradicciones y las sintetiza, sino, al contrario, como el lugar caótico y separado donde se enfrentan, se cruzan y se mezclan las contradicciones, sin resolverse jamás.¹³

Por último, y fundamentalmente, Viena —ubicada en los márgenes de la modernidad occidental centrada en París o Londres, escéptica de su legado iluminista y “a contracorriente” del proyecto prometeico de la historia y de los discursos de identidad de la filosofía moderna— puso el acento en lo que el progreso dejaba al margen, expresó un desencantamiento definitivo del mundo y se convirtió en mirador desde el cual se podía anticipar el destino de Europa occidental.

En este sentido, Viena sacó a la luz las grietas y fisuras que, desde lo profundo del mapa civilizatorio moderno, aún conmueven nuestra contemporaneidad. La cultura vienesa, desde los márgenes, prefirió persistir

¹² Stefan Zweig, *op. cit.*, p. 1.

¹³ Claudio Magris, “Ensayo sobre el fin”, en Nicolás Casullo, *op. cit.*, p. 43.

en lo inacabado antes que sucumbir a la tentación de las certezas cobijadoras. Sustentada, por su misma situación de marginalidad, en los intersticios de la modernidad, entregó una imagen más próxima al dolor y a la soledad que a las visiones felices y optimistas de la vida, asumiendo que su deambular cosmopolita se inscribía en un territorio devastado por la incertidumbre.

Todo lo anterior fue parte de la estrecha y paradójica relación que se entabló entre Viena y sus judíos. De todos los territorios del Imperio, en Viena confluyeron la más amplia gama de corrientes culturales e intelectuales de Europa. La cualidad maravillosa de Viena fue la de disolver todos estos contrastes en algo particular y nuevo: “lo vienés”, pero dándole a este espíritu un carácter cosmopolita, muy afín, por cierto, al cosmopolitismo judío.

De igual modo, al carecer de una patria en la cual reconocerse, la supranacionalidad monárquica les otorgaba una carta de ciudadanía universal.

Por otra parte, el malestar en relación con la historia, que se tradujo en la cultura centro-europea en la defensa del marginal, del débil y del desventurado, no podía dejar de encontrar eco en un pueblo como el judío, permanentemente vencido por las tribulaciones de la historia. Sin embargo, al mismo tiempo, la cultura vienesa, cuya lucidez provenía de su marginalidad, fue moldeada por el espíritu judío, ubicado también en las fronteras sociales, políticas y culturales del entorno austríaco mayor. Marginados social y políticamente a pesar de su integración cultural,¹⁴ marcados por una biografía personal e histórica que daba estatura a su espíritu crítico pero que los señalaba también como “el otro”, fue precisamente esa marginación y *otredad* lo que les concedió un profundo sentido de libertad frente a cualquier (supuesta) felicidad proveniente de la certidumbre.

Michel Lowy escribe al respecto:

¹⁴ Frederic Grunfeld, *op. cit.*

Su condición era eminentemente contradictoria: a la vez profundamente asimilados y largamente marginalizados, ligados a la cultura alemana y cosmopolitas: desarraigados, en ruptura con su medio de origen burgués, rechazados por la aristocracia rural tradicional y excluidos de su logro natural, la carrera universitaria.¹⁵

La misma precariedad de su posición, es decir, el hecho de encontrarse en el límite entre su pertenencia al judaísmo y su anhelo de integración al mundo austríaco fue la que les proporcionó un punto de mira extraordinario para examinar el panorama cultural europeo. La emancipación de los límites estrechos del *ghetto*, y el esfuerzo por asimilarse a las normas prevalecientes en la sociedad austríaca los dejó en una “situación de frontera” que fue, precisamente, la fuente más importante de su creatividad. La frontera fue, de este modo, su lugar existencial, su espacio de libertad vital.

Conscientes de que *la historia era la historia de los vencidos* y preparados por dos mil años de itinerario intelectual excluyente de verdades únicas, el espíritu judío de la Viena finisecular recuperó el estilo de la exégesis talmúdica que no acepta la institucionalización del pensamiento. Intensamente ligados al idioma y la cultura austríacas, seguían, no obstante, enraizados en el corazón espiritual del judaísmo. Austríacos sin duda, llevaban consigo el recuerdo de la cocina materna y un fuerte sentimiento de solidaridad con otros miembros de la misma comunidad.

Freud, por ejemplo, orgulloso de su judaísmo aunque no creyente, declaró al final de su vida que siempre se había sentido ligado a sus amigos judíos por “el secreto oculto de una estructura psíquica común”. Pero también portaban consigo otro tipo de legado: su tradición histórica de “pueblo del libro”¹⁶ que los llevaba a estudiar medicina y matemáticas además de literatura y música; un lenguaje corporal significativo,

¹⁵ Michel Lowy, *Redemption et utopie: le judaïsme libertaire en Europe Central*, Edit. Presses Universitaires de France, 1988, p. 44.

¹⁶ George Steiner, “El texto, tierra de nuestro hogar”, en *Pasión intacta*, Madrid, Ed. Siruela, 1997.

rasgos comunitarios y psicológicos comunes, una profunda ética del trabajo, una intensa concentración en lo que hacían, y una gran obsesión por mostrar aplicación, capacidad y entusiasmo en las labores a las que se dedicaban.¹⁷ Sin embargo, a pesar de su arraigo en las fuentes nutricias del judaísmo, el denominador común entre los intelectuales judío vieneses, de finales del siglo XIX hasta 1938, fue su asimilación a la cultura austríaca y su amor por el país. En Austria anclaban las raíces de su identidad y su pertenencia lingüística era, indudablemente, el idioma alemán. Judíos y austríacos iban a la misma escuela, bailaban en las mismas salas de fiesta, trabajaban en las mismas fábricas, escribían en los mismos periódicos, actuaban juntos en las mismas obras de teatro e incluso eran voluntarios del mismo ejército y morían en las mismas guerras. Sin embargo, aunque la mayoría de los intelectuales, científicos o escritores judíos se consideraban a sí mismos, en primera instancia, seres humanos y querían ser reconocidos por sus méritos propios, su actividad científica o artística era etiquetada enseguida como “típicamente judía”.

Viena fue, en este sentido, poco generosa con sus creadores judíos, quienes le dieron a la ciudad su sello particular. El caso de Mahler es un claro ejemplo de ello: al mismo tiempo que se le celebraba como el más grande de los directores musicales, que había llevado a la Opera Imperial a grandezas hasta entonces desconocidas, se denunciaba el “acento judío” de su música. Otro tanto sucedió con la “psicología judía” de Freud.

Aunque el espíritu judío tuvo una influencia preponderante en el mundo cultural de Viena entre 1880 y 1940, los judíos no tenían derecho a olvidar su ascendencia de forasteros. Para el ciudadano vienés, el judío aparecía como una presencia amenazante y el antisemitismo encontró, por lo tanto, un caldo de cultivo propicio para su desarrollo. El antisemitismo fue, para los judíos vieneses, no sólo una molestia pesada y punzante, sino una posibilidad peligrosa y una amenaza activa, nunca muy lejana, que tenía la habilidad de aparecer cuando menos se espera-

¹⁷ Fredene Grunfeld, *op. cit.*

ba. Como grupo cultural, étnico y religioso, los judíos se distinguieron siempre por su diversificación, pero desde el punto de vista antisemita, esta misma variedad parecía confirmar la existencia de una conspiración para adueñarse de la vida intelectual y económica del país.

El antisemitismo vienés tuvo varias fuentes. Por una parte, en su dimensión política, surgió del conflicto entre el catolicismo reformista que abogaba por el predominio clerical, y el liberalismo, sustentado en la separación entre Iglesia y Estado. Entre los defensores del liberalismo estaban los judíos, que encontraban en esta ideología la posibilidad de mantener sus derechos civiles y políticos. De este modo, el clero vienés y la población católica identificaron al liberalismo político y económico con la burguesía judía.

Por otra parte, desde la perspectiva de la pequeña burguesía vienesa, el veloz desarrollo de la industria, en la que los judíos ejercían un papel importante, constituía una amenaza para la sobrevivencia de los artesanos. Los prejuicios antisemitas convirtieron, de este modo, en sinónimos a los vocables “judaísmo y “capitalismo”.

Asimismo, la influencia de las doctrinas antisemitas de contenido racial se expandieron rápidamente en Austria, encontrando amplio eco en los círculos estudiantiles. Los *slogans* antijudíos se constituyeron en poderoso elemento de las campañas políticas en la Viena finisecular, alcanzando un punto culminante en 1888, año en que se creó un partido antisemita que llevó como candidato a Karl Lueger a las elecciones municipales de la ciudad, explotando al antisemitismo y convirtiéndolo en bandera electoral.

El antisemitismo vienés tuvo paradójicas consecuencias para la historia. Por una parte, impresionó profundamente a Theodor Herzl y constituyó una de las fuentes de inspiración para soñar en un Estado Judío. Por la otra, un pintor frustrado escribía: “Viena me proporcionó una educación ...En esa ciudad adquirí un punto de vista”. Ese punto de vista fue un odio virulento contra los judíos; el nombre del pintor era Adolfo Hitler.

La actitud de Austria durante y después del *Anschluss* recogió este odio virulento contra los judíos. Un refugiado alemán que vivió en

Viena después de que Hitler fue nombrado Canciller en el año de 1933 señalaba: “Los alemanes son buenos nazis, pero pésimos antisemitas. Los austríacos son pésimos nazis, pero magníficos antisemitas”. Los austríacos constituyeron el 8% de la población de la Gran Alemania, pero participaron en las SS en una proporción de 14%. Más austríacos que alemanes sirvieron en los escuadrones de exterminio en Rusia. Antes del establecimiento de los campos de muerte, el gaseado era efectuado por una firma austríaca. Las cámaras de gases fueron desarrolladas por ingenieros austríacos y probadas, por primera vez, en Austria. 40% de los comandantes y del equipo de dirección de los campos de exterminio eran austríacos.

La política antisemita fue aplicada con la misma ferocidad al ortodoxo y al asimilado, al banquero y al empleado, al científico destacado que a mujeres y niños. Quienes pudieron emigraron y, entre ellos, los refugiados intelectuales fueron una pequeña parte. Sin embargo, e incluso así, fue la mayor emigración intelectual de la historia. La pérdida que esto significó para la cultura austríaca puede evaluarse de la siguiente manera:

Sería ilustrativo imaginar, por un momento de pesadilla, que el mundo de habla inglesa hubiera tenido que sufrir un destino similar: que las escuelas, universidades, bibliotecas y museos hubieran sido purgados de indeseables y de sus obras: que Aldous Huxley hubiera sido torturado en un campo de concentración cerca de Oxford; que T. S. Elliot hubiera muerto exiliado en Perú; que el viejo Bernard Shaw se suicidara en un barco rumbo a Sudamérica; que Hemingway y Fitzgerald fueran obligados a vivir sus últimos días en una pequeña comunidad de Guatemala; que Georges Gershwin hubiera sido asesinado al intentar atravesar la frontera mexicana; que William Faulkner hubiera tenido que aprender castellano para enseñar en una escuela de Caracas; que Henry Moore hubiera empezado otra profesión en Cuba después de vivir clandestinamente una época en Londres, y que Louis Armstrong y Aaron Copland estuvieran entre los que fueron detenidos por la policía y gaseados¹⁸.

¹⁸ Frederic Grunfeld, *op. cit.*, p. 46.

El crepúsculo de la cultura vienesa no llegó en 1914 sino en 1938. El sonido de las botas nazis en marzo en 1938 reiteró la muerte de Austria, desintegrada económica, política y espiritualmente desde el fin de la Primera Guerra Mundial. El esplendor de Austria entre 1880 y 1940 estuvo bajo el signo de la comunidad judía.

Freud, Wittgenstein, Broch, Mahler, Schönberg, Zweig, Roth, entre otros, son nombres que han marcado uno de los periodos más fértiles, y al mismo tiempo más trágicos de su historia. La simbiosis judío-vienesas, que marcó la historia intelectual de Austria en esta época, concluyó con la destrucción de un componente por parte del otro. La cultura judía proporcionó a la cultura vienesa valores decisivos y fue, en recompensa, aniquilada. En 1938, Viena, la ciudad que había expulsado a Hitler cuando era un hombre joven, pobre y fracasado, lo recibía triunfalmente. En ese recibimiento, destruía parte de sí misma. Hasta ahora, Austria no ha elaborado aún el duelo por la pérdida que significó esta destrucción, ni ha ajustado cuentas con su propia historia. Quizás ha llegado el momento de hacerlo.